

## CARÁCTER Y TRAUMA

Laura Quintana López

lquintana@uces.edu.ar

Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)

Eje Temático: Psicoanálisis

### Resumen

En esta ponencia situaremos ciertas articulaciones que pueden establecerse entre lo traumático, ciertas vivencias sexuales infantiles y el carácter.

Realizaremos en el inicio un breve recorrido por la noción de trauma en Sigmund Freud y cómo se referencia a la infancia y la sexualidad. Partiendo de los primeros escritos freudianos, podríamos entender el origen del trauma psíquico y la sexualidad infantil en la seducción que padece un niño por parte de un adulto o niño mayor, tal como aparece en el *Manuscrito K* ([1896] 1996) y caso *Emma* ([1895] 1996), entre otros. De este modo, por este tiempo, será un atentado el que despierte la sexualidad infantil. Así, desde las primeras formulaciones sobre el trauma, este se encuentra entramado a representaciones y su efecto es la aparición de un síntoma.

Luego, presentaremos la complejización del trauma a la luz de la conceptualización de un más allá del principio del placer, donde se vinculará a lo no ligado. Así, podremos recapitular ciertas vivencias infantiles traumáticas y dolorosas que no se refieren ni a lo sepultado ni reprimido del Edipo. Las mismas se caracterizan por lo doloroso y Freud lo ejemplifica con aquellas investigaciones sexuales que no prosperan o ciertos desaires y desengaños en el que termina el vínculo con el progenitor, son vivencias que nunca han sido placenteras para ninguno de los dos sistemas. Ellas son transferidas por los neuróticos al analista y participan con asiduidad en todos los sueños.

Adentrándonos en la noción de carácter -y para facilitar su comprensión- lo diferenciaremos del síntoma. Realizando una comparación de ambos términos, diremos que el carácter se adscribe por completo al yo como marcas indelebles o cicatrices que lo determinan y suponen una alteración de tinte egosintónico. En cambio los síntomas son extraterritoriales al yo y se asemejan a un parásito que obviamente incomoda y frente al cual se padece (cuestión que favorecerá la consulta). Pero el término carácter se precisará en mayor medida desde los trabajos freudianos: *Análisis terminable e*

[130]

*interminable* ([1937] 1996) y *Moisés y la religión monoteísta* ([1939] 1996). En este último, Freud afirma categóricamente que los efectos de las vivencias sexuales infantiles traumáticas contribuyen a la formación del carácter. Dichas vivencias pueden implicar dos efectos diferentes: los positivos y los negativos (fijación al momento traumático pretérito o a los mecanismos de defensa derivados de este). En *Análisis terminable e interminable* ([1937] 1996) Freud también remite a la temática del carácter o alteración del yo desde el efecto negativo del texto mencionado anteriormente. Lo presenta como uno de los obstáculos mayores a la práctica analítica: los mecanismos de defensa que alteran al yo. Ellos se erigen para apartar peligros pero muchas veces se convierten en aquello tan temido y obligan a tributar con un precio muy elevado por los servicios prestados. Sucede que se fijan en el interior del yo, volviéndose modos regulares de reacción del carácter, repitiéndose aunque el peligro original no se encuentre vigente y por ello se los denomina infantilismos. Entonces el yo del adulto se aferra a ciertos modos pretéritos de reacción, defendiéndose de peligros que ya no existen, intentando acomodar situaciones de la realidad para justificar su proceder. Entonces, cuando los mecanismos de defensa se fijan muestran su papel patógeno, pues limitan y alteran al yo.

Concluimos afirmando que en los primeros textos freudianos el trauma, derivado de vivencias sexuales prematuras, tiene como correlato al síntoma y se entrama en un medio representacional pero en 1920 se vinculará con la compulsión de repetición y lo no ligado. Hablamos pues de inscripciones que precipitan de lo traumático, como marcas de aquello que permanece en estado no ligado. Así el carácter supone cicatrices en el yo, marcas precipitadas del trauma que no serán del orden del significante y por esto no convocan al deslizamiento o equívoco. Entonces el carácter, a diferencia de la extraterritorialidad del síntoma, pertenece al yo y supone una fijeza que se aporta desde lo no reprimido.

**Palabras clave:** carácter, trauma, vivencias sexuales infantiles, no ligado.

### **Abstract**

In this paper, we will discuss some connections that can be made among trauma, certain childhood sexual experiences, and the character.

First, we will make a brief overview of the notion of trauma in Freud and how this notion refers to childhood and sexuality. From Freud's first works, we can understand the origin of psychological trauma and childhood sexuality in the seduction that a child suffers from an adult or older child, such as in Manuscript K and the Emma case, among others. Thus,

[131]

by this time, an assault will awaken childhood sexuality. So, from the very first formulations of the notion of trauma, trauma is intertwined with representations; and its effects are the appearance of a symptom.

We will then present the sophistication of the trauma in light of the conceptualization of beyond the pleasure principle, where it will be connected to the unlinked. We will then be in a position to recap certain traumatic and painful childhood experiences which do not refer to what has been buried or repressed in the Oedipus complex. These experiences are characterized by pain. Freud illustrates this with those sexual researches that do not prosper or certain rejections and disappointments in which the relation with the parents ends. These are experiences that were never pleasant for either psychological system. These are transferred from the neurotic patients to the psychoanalyst frequently in all dreams.

With respect to the notion of character and in order to facilitate its understanding, we will differentiate it from the symptom. A comparison between both notions leads to the assertion that character belongs exclusively to the ego as indelible marks or scars that determine it and suppose an alteration of ego-syntonic characteristics. In contrast, symptoms are extraterritorial to the ego and resemble a parasite that is obviously uncomfortable and which one suffers, which will yield to consultation with the psychoanalyst. But the notion of character will be further refined based on Freudian's works: *Analysis Terminable and Interminable* and *Moses and Monotheism*. In the latter, Freud affirms categorically that the effects of traumatic childhood sexual experiences contribute to the formation of the character. These experiences can imply two different effects: positive and negative (fixation to a past traumatic moment or the defense mechanisms that derive from this traumatic moment).

In *Analysis Terminable and Interminable*, Freud also connects the issue of character or ego alteration to the negative effect mentioned in *Moses and Monotheism*. He presents it as one of the hardest obstacles to psychoanalytic practice: the defense mechanisms that alter the ego. They erect to allay danger but they often become that which is feared and oblige to pay a very high price for the services rendered. They attach to the interior of the ego and become regular ways of reaction for the character. They also tend to repeat themselves even if the original danger is not present. This is why they are called infantilisms. Thus, the ego in the adult attaches to certain past reactions and it defends from dangers that no longer exist, and tries to accommodate situations of reality in order to justify its actions. It is when defense mechanisms become fixated that they show their pathological role, as they limit and alter the ego.

[132]

We conclude by affirming that in Freud's first texts the trauma derives from premature sexual experiences, it has the symptom as its correlate, which intertwines in a representational milieu. But in 1920, it will be related to the repetition compulsions and the unlinked. Thus, we talk about marks that precipitate trauma, as marks of what remains in an unlinked state. Thus, the character implies scars in the ego, i.e., precipitated marks of trauma that are not of the signifier order and thus do not yield to displacement or errors. Consequently, unlike the extraterritoriality of the symptom, the character belongs to the ego and implies a fixation that contributes from what is not repressed.

Keywords: character, trauma, childhood sexual experiences, and the unlinked.

## Introducción

El presente trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación: "La noción freudiana de alteración del yo: obstáculo para la clínica", de la Facultad de Psicología de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.

En esta ponencia situaremos ciertas articulaciones que pueden establecerse entre lo traumático, ciertas vivencias sexuales infantiles y el carácter.

Realizaremos en el inicio un breve recorrido por la noción de trauma en Freud y cómo se referencia a la infancia y la sexualidad. Luego presentaremos su complejización del término a la luz de la conceptualización de un más allá del principio del placer. Adentrándonos en la noción de carácter y para facilitar su comprensión lo diferenciaremos del síntoma para finalmente precisarlo desde los trabajos freudianos: *Análisis terminable e interminable* (1937) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939), situando que las marcas que precipitan del trauma no son del orden significante y contribuyen, sin lugar a dudas, al acuíñamiento del carácter.

## Sexualidad infantil y atentado

Partiendo de los primeros escritos freudianos podríamos entender el origen del trauma psíquico y la sexualidad infantil en la seducción que padece un niño por parte de un adulto o niño mayor, tal como aparece en el *Manuscrito K* y caso *Emma* entre otros. De este modo, por este tiempo, será un atentado el que despierte la sexualidad infantil.

Nos interesa de esta época la temporalidad y actualidad que se le atribuye al trauma. La primera se distancia de lo cronológico para advenir como lógica, lógica del a posteriori al encadenarse dos escenas. Emma padece un pellizco por parte de un pastelero en su infancia, pero recién al conectarse asociativamente con una segunda escena se despierta

[133]

un desprendimiento sexual que en el primer momento no había estado presente. La aparición de este nuevo afecto se debe al pasaje por la pubertad, que ha permitido una comprensión otra de lo recordado. Entonces el trauma es a *posteriori* del primer momento y la pubertad. Decimos que *nachträglich* se reprime y aparece luego un síntoma (para el caso mencionado se trataba de no poder ir sola a una tienda). Continuando con esta lógica el *Manuscrito K* nos explicará cómo estos recuerdos despertarán la llamada defensa nociva. Ella se pondrá en marcha siempre y cuando se trate de representaciones sexuales, las cuales poseen la capacidad de desprender un displacer nuevo aún siendo recuerdos. Entonces se vinculará la actualidad con el efecto retardado. Resulta interesante apreciar en estos primeros escritos cómo lo traumático posee la capacidad de cobrar vigencia en el presente, vigencia actual. Para las neurosis de defensa se necesitan dos cuestiones que cooperen: sexualidad e infantilismo (por tratarse de vivencias sexuales calificadas como prematuras). Según la fórmula canónica para el desarrollo de una neurosis tendremos para su trayectoria: primero, la vivencia sexual prematura y traumática que ha de reprimirse a raíz de una ocasión posterior que despierta su recuerdo y luego el retorno de esto reprimido por la vía sintomática.

Así, desde las primeras formulaciones sobre el trauma, parece desprenderse como su efecto la aparición de un síntoma. Pero se trata de un trauma que se encuentra entramado a representaciones. Entonces aquello traumático insiste como recuerdo que vale como inconciente.

### **Principio del placer: sexualidad infantil y pulsión**

En 1905, cuando el principio del placer era hegemónico, la sexualidad se define como pulsional. Entonces ahora la sexualidad será ley en la infancia y no efecto de un atentado sexual (tal como estaba planteado en el caso Emma). Por esto se definirá ahora al niño como perverso polimorfo.

Mis tesis sobre la sexualidad en la etiología de las neurosis propondrá el pasaje desde una teoría puramente traumática de la sexualidad infantil hacia lo constitutivo de lo pulsional. Se acentuará el papel de la fantasía como un intento de defensa frente a la propia práctica sexual. Ella se intercalará entre las impresiones sexuales infantiles y el síntoma. Entonces tenemos, no sólo la impresión infantil, sino también cómo eso es remoldeado por la fantasía de cada sujeto.

Continuando dentro del marco del principio del placer, en *Recordar, repetir y reelaborar*, se despliega cómo algunas escenas o vivencias infantiles olvidadas pueden actuarse durante un análisis en transferencia, al modo de una singular modalidad del recordar. De

este modo, lo reprimido retorna también por la vía de lo transferencial. Un par de años antes, en el texto *Sobre la dinámica de la transferencia* (1912), se sitúa que la particularidad estará determinada por los *clisés* edípicos preexistentes. Recordemos que el Edipo, hacia su término, supone “idealmente” una destrucción. Como al ideal rara vez se lo alcanza mucho de ello queda reprimido. En transferencia, el analista como objeto, será el soporte necesario para los falsos enlaces que propiciarán el desplazamiento de las representaciones inconcientes sobre éste. Esta situación facilita el retorno de lo reprimido en las ahora llamadas neurosis de transferencia, gracias a la investidura libidinal aportada hacia el objeto analista. En la vereda opuesta tendremos a las neurosis narcisistas, que se ubicarán fuera del dispositivo analítico por su imposibilidad de transferencia libidinal.

### **Ruptura del principio del placer: vivencias sexuales sin inscripción**

A partir de *Más allá del principio del placer* caerá la hegemonía del principio del placer, aunque no será una sentencia a muerte. Éste seguirá en pie pero, además de este principio, habrá otros fenómenos no regulados. El más allá se referirá a la pulsión de muerte, como un resto que se sustrae a la simbolización, como estímulo interior no ligado que implica el fracaso de la ligadura a las representaciones.

A partir de estas nuevas conceptualizaciones, podremos recapitular ciertas vivencias infantiles dolorosas que no se refieren ni a lo sepultado ni a lo reprimido del Edipo. Se caracterizan por lo doloroso y Freud lo ejemplifica con aquellas investigaciones sexuales que no prosperan o ciertos desaires y desengaños en el que termina el vínculo con el progenitor, son vivencias nunca placenteras para ninguno de los dos sistemas. Tiempo más tarde los neuróticos transfieren lo no ligado al analista, en el marco del tratamiento. Dice Freud:

[...] repiten en la transferencia todas estas ocasiones indeseadas y estas situaciones afectivas dolorosas, reanimándolas con gran habilidad, Se afanan por interrumpir la cura incompleta, saben procurarse de nuevo la impresión del desaire, fuerzan al médico a dirigirles palabras duras y a conducirse fríamente con ellos (Freud, 1920: 21).

Esta transferencia de lo no ligado se diferencia claramente de la transferencia de lo reprimido, cuestión ya señalada en el párrafo anterior.

En la Conferencia 29, escrita en 1932, Freud afirma que se presentan dos cuestiones que han puesto en jaque la teoría que supone que todo sueño es un cumplimiento de deseo. La primera corresponde a los sueños de las neurosis de guerra que conducen una y otra vez a la experiencia traumática. Dicha situación penosa no se condice entonces con un cumplimiento de deseo. Pero a nosotros nos interesa particularmente la segunda, pues se articula con las vivencias sexuales traumáticas infantiles a las que hicimos referencia. Estas primeras vivencias sexuales, que siempre estuvieron teñidas de desengaños y dolor, encuentran en los sueños una participación importantísima. ¿Por qué participarían en él, con tanta asiduidad, estas situaciones tan dolorosas? Dice respecto a esto: "... los sueños rebosen de reproducciones de esas escenas infantiles y de alusiones a ellas. En verdad, su carácter displacentero y tendencia del sueño al cumplimiento de deseo parecen conciliarse muy mal" (Freud, 1932: 27).

Entonces, para el caso de las neurosis de guerra, consideramos encontrarnos con un caso extremo, un fracaso mayor de la función del sueño que quisiera haber transformado el episodio traumático en cumplimiento de deseo. Pero es importante remarcar que para Freud siempre, en todo sueño, encontramos perturbaciones menores de la función onírica por la participación de vivencias sexuales infantiles traumáticas.

### **Carácter y síntoma: especificidades y diferencias**

Para pensar la especificidad del carácter presentaremos algunas cuestiones que definen al síntoma, primer referente clínico para la primera parte del trabajo freudiano. Esto colaborará a brindar mayor precisión al término carácter.

Sobre el *síntoma*, en *Las Conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud lo define como acto perjudicial, inútil para la vida de un sujeto. A menudo la persona se queja pues los realiza contra su voluntad y su principal perjuicio es el gasto anímico que representan. Esto conduce a un empobrecimiento de la energía anímica disponible y su consecuencia: parálisis x las tareas importantes para la vida. Desde *Las neuropsicosis de defensa* lo asemeja a un lastre, símbolo mnémico que habita la conciencia al modo de un parásito (descripción casi terrorífica del mismo!!). Entonces el síntoma siempre conlleva padecimiento.

También lo definimos como formación de compromiso pues está sostenido desde dos lugares diferentes. Dos fuerzas que se han enemistado vuelven a coincidir en el síntoma. Por esto es tan resistente, pues está sostenido desde dos lugares y en consecuencia no será tan sencillo desarticularlo. En esta misma línea, respecto a la dificultad para su cancelación, estaría el beneficio secundario. Sabemos que el síntoma no es un proceso

[136]

que le suceda al yo pues está fuera de la organización de su organización y actúa con independencia de ella. Pero el yo es una organización que siempre aspira a la síntesis y la unificación. Entonces este intentará cancelar la ajenidad y el aislamiento del síntoma incorporándolo a su organización. A esto se lo llama ganancia secundaria de la enfermedad. De aquí también la dificultad para su levantamiento.

Sobre el carácter, en el texto *Algunos tipos de carácter dilucidados por el tratamiento psicoanalítico* (1916), Freud nos advierte claramente:

Cuando el médico lleva a cabo el tratamiento psicoanalítico de un neurótico, su interés en modo alguno se dirige en primer término al carácter de este. Mucho más le interesa averiguar el significado de sus síntomas, las mociones pulsionales que se ocultan tras ellos y que por su intermedio se satisfacen, y las estaciones del secreto camino que ha llevado de aquellos deseos pulsionales a estos síntomas. Pero la técnica que le es forzoso obedecer lo obliga pronto a dirigir su apetito de saber primeramente a otros objetos. Nota que su investigación es puesta en peligro por resistencias que el enfermo le opone, y le está permitido imputar tales resistencias al carácter de este. Y entonces ese carácter cobra primacía en cuanto a su interés (1916: 317).

Estas resistencias presentan una dificultad mayor que el beneficio secundario de la enfermedad, lo reprimido y la transferencia. El carácter se presenta en un estadio de salud aparente y defensa lograda, según el *Manuscrito K*. En la formación del carácter tropezamos con las mismas fuerzas pulsionales que en las neurosis pero falta el fracaso de la represión y el retorno de lo reprimido, por esto no estamos frente a una formación del inconsciente, sin un conflicto en juego.

Realizando una comparación de ambos términos diremos que el carácter se adscribe por completo al yo como marcas indelebles o cicatrices que lo determinan y suponen una alteración de tinte egosintónico. En cambio los síntomas son extraterritoriales al yo y se asemejan a un parásito que obviamente incomoda y frente al cual se padece (cuestión que favorecerá la consulta).

### **Carácter como efecto de vivencias sexuales infantiles traumáticas**

Freud vinculará directamente al trauma con la acuñación del carácter en *Moisés y la religión monoteísta*. Allí afirma categóricamente que los efectos de las vivencias sexuales infantiles traumáticas contribuyen a la formación del carácter. Dichas vivencias pueden implicar dos efectos diferentes: los positivos y los negativos.

Para el *primer efecto* se consideran las impresiones de la temprana infancia cuyo resultado será el intento de devolverle al trauma su vigencia. Aquí tendremos la fijación al

[137]

trauma vía la compulsión de repetición. Se ejemplifica esto a partir de ciertos vínculos tempranos que se reviven en nuevas relaciones. Este efecto puede relacionarse con los desarrollos de *Más allá del principio del placer*, donde tendremos la referencia a los sueños de las neurosis de guerra que producían un asedio compulsivo y nocturno de la vivencia traumática pretérita, como un eterno retorno de lo igual. También nos encontramos en el capítulo III de *Más allá del principio del placer* con la alusión a las vivencias infantiles dolorosas que el paciente reanima en su vínculo con el analista. Por esta misma línea aparecen las notas de la *Conferencia 29*. Aquí se señala cómo las vivencias infantiles dolorosas participan con increíble asiduidad en la formación de los sueños y por esto lo cuestionan como realizador de deseos. Repite entonces la vivencia traumática en el sueño, en el análisis o con nuevos vínculos.

Para el *segundo efecto*, los negativos, no repiten la situación pretérita sino que se resumen como reacciones de defensa. Ellas son, al igual que los efectos positivos, fijaciones al trauma pero muestran una tendencia contrapuesta a éste. Este tema adquiere un amplio desarrollo en *Análisis terminable e interminable*. Allí Freud también remite a temática del carácter o alteración del yo, presentándolo como uno de los obstáculos mayores a la práctica analítica: los mecanismos de defensa que alteran al yo. Ellos se erigen para apartar peligros pero muchas veces se convierten en aquello tan temido y obligan a tributar con un precio muy elevado por los servicios prestados. Sucede que se fijan en el interior del yo, volviéndose modos regulares de reacción del carácter, repitiéndose aunque el peligro original no se encuentre vigente y por ello se los denomina infantilismos. Así el yo del adulto se aferra a ciertos modos pretéritos de reacción, defendiéndose de peligros que ya no existen, intentando acomodar situaciones de la realidad para justificar su proceder. Entonces, cuando los mecanismos de defensa se fijan muestran su papel patógeno, pues limitan y alteran al yo.

### **Algunas conclusiones**

En los primeros textos freudianos, el trauma derivado de vivencias sexuales prematuras, tiene como correlato al síntoma y se entrama en un medio representacional pero, en 1920, se vinculará con la compulsión de repetición y lo no ligado. Hablamos pues de inscripciones que precipitan de lo traumático, como marcas de aquello que permanece en estado no ligado. Así, ciertas vivencias dolorosas e infantiles que no refieren ni a lo sepultado ni a lo reprimido del Edipo se extrañan del principio del placer y generan en el sujeto una compulsión que lo obliga a transitar una y otra vez por el mismo lugar. Es en este punto recuperamos la noción de actualidad del trauma anticipada en el *Manuscrito*

[138]

K. Desde el texto *Moisés y la religión monoteísta* Freud explicita que estas primeras vivencias sexuales, infantiles y traumáticas colaboran en la formación del carácter en general (producido como efecto de una fijación al momento traumático pretérito o a los mecanismos de defensa derivados de este).

Finalmente, concluimos afirmando que el carácter supone cicatrices en el yo, marcas derivadas del trauma que no serán del orden del significante y por esto no convocan al deslizamiento o equívoco. El carácter, a diferencia de la extraterritorialidad del síntoma, pertenece al yo y supone una fijeza que se aporta desde lo no reprimido.

### Referencias bibliográficas

Freud, S. (1996). *Obras completas: Sigmund Freud*. Buenos Aires: Amorrortu.